

El 76 está en Caravaca, y tras de un lapso de cuatro años pone casa en Villanueva de la Jara. Antes de transcurrido el año, sube a Palencia, en donde todo se presenta bien y boga la barquilla con viento de bonanza.

A los seis meses llega a Soria, y antes de un año, en 1582, penetra en Burgos, fundando en la cabeza de Castilla, cierto con grandes trabajos.

Tal es el itinerario de este alma voladora, que, al fin, exhausta por la edad, las enfermedades y trabajos, cae vulnerada en su palomar de Alba de Tormes, herida sobre todo por la ígnea saeta de vivo y vivificante amor divino, descansando de tantas fatigas y desvelos. Recibe el merecido galardón de una vida toda ella consumida por el celo de su mira principal en todos afanes ha sido siempre el honor del celestial Esposo y de salvar almas de los conventos reformados, y mediante ellos, en tierra de luteranos y aun en el mundo entero.

Al terminar Teresa su accidentada carrera en el convento de Alba de Tormes, y contemplar los quince conventos reformados de Descalzas Carmelitas y otros tantos de frailes Descalzos, puede decirse satisfecha con San Pablo: «No en vano he trabajado. Para lo futuro tengo dispuesta para mí la corona de justicia, que me ha de devolver en el día final el Justo Juez.»

Velos diseminados por las dos Castillas y Andalucía, y allá desde su cimera atalaya, disfruta contemplando aquellos «palomarcitos» de Descalzas y aquellos remansos de oración y focos de apostolado de sus Descalzos.

* * *

Las jornadas teresianas por interminables caminos de llanura y por abruptos senderos de serranía, granítica en el Guadarrama, pizarrosa en Sierra Morena, terminan en algún

pueblo o ciudad, cuando no en algún mesón en des poblado.

Al pararse la caravana carmelita en la meta de su viaje, Teresa, cual industriosa abejilla, instala su colmena y labra sus panales para que sus hijas depositen en los alvéolos la rica miel de un vivir bien ajustado al ideal de la Regla primitiva. Y todo ello se lo dedica al padre de la Sagrada Familia, San José, tan poderoso, que todo se lo consigue, tan unido como es con Jesús y con María, que nadie se le puede comparar, ni como dechado perfecto de almas contemplativas y santas.

Quiere Teresa que sus nuevos conventos sean fundados en evangélica pobreza y que no hagan mucho estrépito al desplomarse cuando el cataclismo final.

Madre Teresa vigila por sí misma la marcha de las obras. Vémosla en Malagón ella misma, sentada entre piedras, maderas y arena, dando órdenes a carpinteros y albañiles. Y, no contenta con velar por sus Descalzas, atiende con vivo interés a los frailes de la Descalcez, exultando su espíritu ante sus monjas cuando ya tiene dos: «¡Hijas, bendito sea Dios, que ya tengo para la fundación de mis Descalzos fraile y medio!» El fraile de cuerpo entero es Juan de la Cruz; el medio fraile, aunque más corpulento, es fray Antonio de Heredia.

Escasos elementos para empresa tan amplia y laboriosa como su Reforma, abocada infaliblemente a ruda oposición. Pero Teresa, de alma animosa como nadie, no se asusta ni retrocede ante zanjás y tropiezos. Salta valiente por encima de todo, una vez vista la voluntad de Dios e interesada su gloria y el bien de las almas. Y pese a los hombres y a los demonios, ella sale victoriosa con su intento de reformación espiritual.

Páginas movidas las de esos treinta y uno